

Rubén Darío: *España contemporánea*. Ed. crítica de Noel Rivas Bravo, nota de Miguel Polaino-Orts, “pórtico” de Elena Poniatowska. México: Flores Editor y Distribuidor, 2016, 447 pp. ISBN: 978-607-610-342-5.

Ojos que escriben en hermosas parrafadas: a propósito de *España contemporánea* en la edición de Noel Rivas

España fue el árbitro del modernismo. Estaba destinada a serlo. Su realidad histórica de ser la región (primero) y la nación (desde 1492) que prohijó la lengua le atribuía tal papel, incómodo y necesario. El modernismo estaba destinado a triunfar; fue la forma en que el español recuperó su potencia expresiva. El siglo XIX contempló la convulsa formación de nuestras naciones americanas y fue un periodo de prueba y purgación para la Península. El triunfo del modernismo era inevitable, aconteció forzosamente en medio de admiraciones, entusiasmos, polémicas y resistencias correosas. Fue necesario sacudir desde los cimientos la inercia de lengua.

Ahora el estudioso Noel Rivas ofrece una pieza valiosa para la mejor lectura de los clásicos darianos, su edición de *España contemporánea*, al mismo tiempo en España (Renacimiento, con menos aparato crítico) y México, que se proclama como la “única edición íntegra”, pues se apega a la original, restituyendo sus 42 artículos e incorporando siete complementarios como apéndice. Como es de esperarse, hay un amplio trabajo de establecimiento textual y aparato crítico.

Darío y España. Confrontemos el testimonio directo de cómo empezó su etapa chilena (1886) con la española (1898). Chile:

A causa de la mayor desilusión que pueda sentir un hombre enamorado, resolví [a los 19 años] salir de mi país. ¿Para dónde? Para cualquier parte. Mi idea era irme a los Estados Unidos. ¿Por qué el país escogido fue Chile? [el general salvadoreño Juan José Cañas fue el responsable, conminándolo:] “Vete a Chile –me dijo–. Es el país adonde debes ir”. “Pero, don Juan –le contesté– ¿cómo me voy a ir a Chile si no tengo los recursos necesarios?”. “Vete a nado –me dijo– aunque te ahogues en el camino.”

España:

Acababa de pasar la terrible guerra de España con los Estados Unidos. Conversando, Julio Piquet me informó de que La Nación [de Buenos Aires] deseaba enviar un redactor a España, para que escribiese sobre la situación en

que había caído la madre patria. “Estamos pensando en quién puede ir”, me dijo. Le contesté inmediatamente “¡Yo!”. Fuimos juntos a hablar con el señor de Vedia y con el director. Se arregló todo en seguida. “¿Cuándo quiere usted partir?” me dijo el administrador. “¿Cuándo sale el primer vapor?” “Pasado mañana”. “¡Pues me embarcaré pasado mañana”.

Esto es lo que dice, con entusiastas signos de admiración, la vida, el viaje, de Rubén Darío contado por sus propios pasos. Así, de manera tan encarnada, desembarcó el rabioso vendaval juvenil del *modus hodiernus* con que las ex-colonias trastornaron a la Península matriz. Ese “pasado mañana” era el 8 de diciembre: venturoso misterio de la concepción que sigue fertilizándonos; finalmente, el poeta viajero pisó suelo catalán en las vísperas de Navidades (el jueves 22).

El modernismo fue el dispositivo expresivo y el estado de lengua requeridos para *reportar* (periodista se decía entonces ‘repórter’) la paridora convulsión del nuevo siglo. Nunca olvidemos que en sus momentos sombríos, en su peor atonía, España misma supo mantener vivo el fuego de las palabras: Mariano José de Larra, quien ocupará la atención de los modernistas, como tantos otros grandes peninsulares. Dicho lo cual: la innegable y fascinante vocación cronística del español americano al menos desde el siglo XIX fue el fósforo necesario que primero encendió la mecha de modernización. (Y el que lo dude, que consulte su Monsiváis pues a nosotros nos consta.) Noel Rivas nos recuerda que fue una joven pluma española quien primeramente enfatizó la amplia dimensión del modernismo, nunca constreñida a la poesía... “Juan Ramón Jiménez que lo definía como tendencia general, no exclusivamente literaria, y como expresión del espíritu de una época.” (17; Rivas envía a un artículo de JRJ, *La Voz*, Madrid, 18/III/35). Recojo una expresión feliz de Rivas: “un poeta periodista”. De aquí en adelante, y sin olvidar al gran Martí, ¿cuántos escritores mayores, de ambas orillas del Atlántico, escapan a este binomio? El periodismo, tósigo y cauterio para los escritores de pura cepa. Apuesto a que *ninguno* escapa. No Vallejo ni Huidobro ni Neruda mismo, tampoco Borges ni las estrellas del *boom*. Compilaciones de crónicas y artículos como *España contemporánea* inauguran, en este sentido, la modernidad de escribir en español.

Tengo una objeción de grado a una aseveración de Rivas. Se hace eco de considerar el periodismo como estímulo o “canal por donde fluyó el desarrollo de las nuevas fórmulas de la retórica modernista antes de que éstas adquirieran su elaboración plena en la poesía, la novela o el cuento.” (17-18). Reclamo autonomía y plenitud propia a la creación literaria *en* el periodismo, claro en sus mejores casos. Prefiero el reconocimiento sembrado por Unamuno cuando advierte que el cronista Darío “lo que hace es pensar en americano” y que su estilo provoca “un cinematógrafo algo caleidoscópico” (59) y a Emilia Pardo Bazán: “Por eso en sus hermosas parrafadas libres y palpitantes aletea con bastante frecuencia la entera verdad” (58) que es la llama de la lengua. Doña Emilia tenía el olfato y la generosidad para poder ofrecernos esa fórmula –*parrafadas libres*– que poco ha sido atendida en más de

cien años. En efecto si nos devanamos los sesos para tratar de comprender cuál es la belleza posible al verso libre, ¿por qué rehuimos lo complementario para reconocer párrafos, secuencias de *prosa libre*? Ahora que cumple Darío aniversarios centenarios, constatamos cuánto reclama aún el modernismo de nuestras reflexiones estrictamente estilísticas.

Se creó un inédito territorio de lengua, una virgen del mañana, como le gustaba a Onetti: el periodismo literario, la literatura periódica y periodística. “Periodismo y literatura se entrelazaron” dice certeramente Rivas –para no desatarse más. Dos muestras: el instinto de literatura-periodismo para que en su relación del viaje trasatlántico extraiga el potencial expresivo contenido en “ese individuo”, un viajero singular en el vapor, pues es un prisionero que va extraditado de la Argentina a Italia para someterse a la ley. El apunte sobre el reo se enmarca con el mismo recurso de entrada y salida: la “ejecución tudesca de institutriz” de un nocturno al piano. Al final del pasaje el cronista imagina al desdichado italiano finalmente liberado ya en su vejez, sale “a caminar dos duros pasos más en la libertad y caer en la tumba... La profesora alemana ha dejado a Chopin dormir sobre el atril.” (82). Esto es ritmo y aún más, pulsación narrativa, sentido del *beat* que anima la prosa de los grandes. Es el Tiempo bendiciendo el género de la crónica. Un poco antes el escritor ha contagiado sus apuntes –*aguafuerte marina*, podría decir Roberto Arlt– del “pequeño mundo humano en movimiento”, “la máquina social en miniatura; un lindo laboratorio de psicología; ejemplares balzacianos si gustáis”, que es la cubierta de tercera clase de un buque rioplatense. *Los premios*, de Julio Cortázar, pudo tomar estas frases como epígrafe luminoso. De modo que cuando el periodismo se ejerce con talento y precisión, es literatura, punto.

Darío. Acaso sin sospecharlo, sus patrones en los diarios de gran circulación lo llevaron a ser testigo privilegiado (la credencial de reportero abre puertas) no sólo del purgatorio del 98 y de las inestables repúblicas americanas sino más profundamente de, digámoslo, la burguesía como protagonista de la modernidad. La burguesía como fuerza histórica: forzosamente el liberalismo económico, padre del periodismo moderno, impone un *desarrollo desequilibrado*. La hiena, los roedores y las hormigas participan del festín pero jamás gozarán la parte del león. Cada ciudad capital de los Estados que Darío reportó reveló al cronista una cartografía de dramáticas injusticias. Asimetrías sociales brutales entre los diferentes barrios y estratos, lo mismo al contrastar prósperas ciudades de interior con villorrios campesinos y fabriles, híbridos de lacras de los diferentes tiempos como en una geología de capas que simultáneamente exhiben sus carencias seculares. Cierto que Martí fue asiduo en señalar esto y Darío ocasional. Pero está en sus crónicas. Lo mismo que la conciencia de que la cartografía internacional exhibe el poderío desigual de los Estados nación. Esto vio y escribió su pluma.

Pues a sus 32 años Darío estaba maduro para que su perspicacia fuera suficiente. Declara así su deontología cuando mira a Madrid:

Antes de concluir estas líneas debo aclarar que no creo que sea yo sospechoso de falto de afecto a España. He probado mis simpatías de manera que no admite el caso discusión. Pero por lo mismo no he de engañar a los españoles de América, y a todos los que me lean. *La Nación* me ha enviado a Madrid a que diga la verdad, y no he de decir sino lo que en realidad observe y sienta. Por eso me informo por todas partes; por eso voy a todos los lugares y paso una noche del “saloncillo” del Español a las reuniones semibarriolatinas de Fornos; en un mismo día he visto a un académico, a un militar llegado de Filipinas, a un actor, a Luis Taboada y a un torero. Y anoche, hasta última hora, he ido del Real al Music Hall, y mis interlocutores han sido, el joven conde de O'Reily, Icaza, el diplomático escritor, Pepe Sabater, Pinedo, y un joven repórter... Ya veis que estoy en mi Madrid. (103)

Siguiente tema enfrentado por Rivas: ¿qué libros son las compilaciones de crónicas? Hay que empezar por reflexionar qué unidad textual podemos esperar (la posteridad estudiosa comete la grosería de *exigir*) de un libro cuya Musa es el tiempo que huye. El dilema de la unidad en las compilaciones lo conocen desde siempre, poemas y cuentos, ahora, del modernismo en adelante, se une el género de libros formados por crónicas o artículos. Es estar entre la compilación y la unidad, bajo el acicate de la utilidad pecuniaria de llevar el cronicón a las prensas.

Haber testimoniado con ojos que son palabras a la España en crisis metió a Darío en una bisagra angostísima: ora ofrecer las evidencias de juicio, sin más, ora él mismo proferir sentencias condenatorias. Los periodistas lo han aprendido: nada es más aburrido que editorializar o sermonear. Este libro lo hace con cierta frecuencia, intenta suavizar la claridad y honestidad de sus veredictos con tersura y parquedad. Bien señala Rivas que parte de los recursos de pensamiento son imágenes (muro que aísla a España, abrir la ventana, revigorizar el árbol, etc.) Justamente, así piensan los poetas. Un discurso no que “se adorna” con tropos sino que su logos es de imágenes. Es decir que el tema esencial que aquí se borda es el de los ensayistas (y cronistas y articulistas) que de suyo son poetas.

Señalemos algunos méritos de erudición. El trabajo global de edición y anotación es admirable y logra una alta utilidad para leer y comprender *España contemporánea*. Rivas rescata una pieza rara, la *compte rendu* o reseña de Eugenio Díaz Romero, redactada en francés (*Mercure de France*, juillet-septembre 1901, en la columna « Lettres hispano-américaines »), valioso documento en la parca recepción en francés de la obra dariana en vida del autor. Una disensión de grado: cuando la pulcritud del editor ha identificado errores en algunas citas textuales que hace Darío, dice Rivas, “hemos sustituido cuando ha sido necesario” la lección, corrigiéndola. Hubiera convenido que reportara sistemáticamente los descuidos textuales de Darío. Mas lo que Rivas entrega es con mucho la mejor edición a la fecha de tan esencial libro modernista. Por lo mismo, lamento la laguna de no anotar las siete piezas extra que incluye como apéndice (contemporáneas al volumen pero dejadas fuera por el autor). Aun en el libro mismo se hubiera agradecido que los conocimientos de Rivas nos hubieran iluminado, por ejemplo,

respecto al lado femenino/feminista en la nota a “La mujer española”. Desborda de sensibilidad y datos estadísticos; la última larga parrafada es una catarata de cifras sobre la condena social que era entonces ser mujer; seguramente Darío se habrá basado en uno o dos libros que condensarían la información, ¿cuáles? Lo mismo llama la atención que cuarenta años antes de que Simone de Beauvoir acuñara el rótulo “segundo sexo”, Darío eche mano, entre comillas, de la frase “tercer sexo” para referirse a las mujeres (¿quién ocuparía el segundo sitio en esta triada?).

Asimismo en el espléndido “La fiesta de Velázquez”, Rivas pudo enriquecer su aparato. El cronista establece su texto entrecomillando “pintor de los reyes y rey de los pintores.” Al parecer en 1865 Manet lo elogió como “pintor de pintores”, que no es lo mismo; el quiasmo que “cita” Darío, ¿tiene fuente? Declara que su texto se inspira en unos *Anales* sobre el pintor obra de un tal G. Cruzada Villaamil; Rivas cotejó el original de dicha monografía... pero no da la menor semblanza de su autor. Darío cita a Cruzada Villaamil quien menciona una serie de figuras cortesanas que también hubieran valido una nota. Lo mismo en relación a esto que dice Darío: “Quise hablar con sir Edward J. Poynter [en la celebración del III^{er} Centenario del nacimiento de Velázquez], pero no me fue posible.” Una luz a pie de página se requiere aquí. Pues el conocimiento textual y contextual de nuestros clásicos modernos es tarea incesante. Finalmente: el editor pudo obsequiarnos con la generosidad de un índice onomástico y de lugares. Pues el hecho es que gracias al trabajo de Rivas y otros investigadores acuciosos la estafeta está más adelante de donde la dejaron los grandes eruditos del pasado.

Éste es un volumen esencial de Darío. Llamemos la atención sobre el título, que los títulos también merecen comentario estilístico. Tan afortunado por sencillo y directo; tiene el toque de los grandes que dan con *le mot juste*. En efecto el modernismo contribuyó a que de sus propios esfuerzos naciera una España contemporánea.

Alberto Paredes
albertopzmx@yahoo.com
Universidad Nacional Autónoma de México